

culaciones ha debido necesariamente y hasta primeramente dirigirse al naturalismo, y después, como éste no podía satisfacerle, porque no agota la cuestión, al materialismo. Así, la historia de la filosofía nos presenta en los orígenes el sistema naturalista entre los filósofos de la escuela jónica y tras él el materialismo encarnando las doctrinas de Leucippo y Demócrito y que posteriormente reaparece de tiempo en tiempo.

CAPITULO XXV

CONSIDERACIONES TRASCENDENTES SOBRE LA VOLUNTAD
COMO COSA EN SÍ

La mera contemplación empírica de la naturaleza permite ya reconocer que existe, desde las manifestaciones más elementales y más necesarias de cualquier fuerza natural, hasta la vida y la conciencia humanas, una transición constante por grados insensibles, cuyos límites no tienen nada de absoluto y son muchas veces indecisos. En este orden de ideas y reflexionando más profundamente, se llega pronto á convencerse de que la esencia íntima de todos esos fenómenos, lo que aparece y se manifiesta en ellos es un elemento siempre idéntico, que resalta cada vez más claramente. Se reconoce que aquello que se representa en esos millones de figuras diversificadas hasta lo infinito y nos ofrece así el espectáculo variado y extravagante de una comedia sin principio ni fin, es ese elemento único, tan bien oculto tras todos estos antifaces que no se conoce él á sí mismo y aun á veces le ocurre tratarse muy duramente. Así, la gran doctrina del «ἐν καὶ παν» nació desde los primeros tiempos, en Oriente y Occidente, y se ha conservado, ó al menos ha resucitado siempre, á pesar de todos los esfuerzos dirigidos contra ella.

Pero nosotros hemos penetrado más adelante en el misterio; por medio de las consideraciones que preceden, hemos llegado á comprender que tan luego como aquel ser que existe en el fondo de todos los fenómenos, se halla acompañado en cualquier criatura de la facultad de conocimiento, la cual, dirigida al fuero interno, se convierte en conciencia de sí, dicho ser se revela á esta conciencia como esa cosa tan familiar y tan misteriosa á la vez, que designa la palabra *voluntad*. Por consiguiente, hemos dado á aquella esencia universal de todos los fenómenos el nombre de la manifestación en que se nos muestra más al descubierto, es á saber: el nombre de voluntad, y obsérvese que con esta palabra no designamos una *x*, una incógnita, sino, por el contrario, aquello que, por una de sus caras al menos, nos es infinitamente más conocido y más familiar que todo lo demás.

Recordemos ahora una verdad, cuya demostración radical está expuesta largamente en mi Memoria sobre el libre albedrío, y es, que en virtud de la validez absoluta de la ley de causalidad, la conducta ó la actividad de todo lo que existe en el mundo es determinada siempre con rigurosa necesidad por las causas en que aquella ley se aplica en cada caso particular; y en este respecto, no hay que distinguir si es una causa, en la acepción más restringida de la palabra, ó una excitación, ó un motivo, lo que provoca la acción, pues estas diferencias conciernen sólo al grado de receptividad de los diferentes seres. No hay que hacerse ilusiones en este punto; la ley de causalidad no admite excepción; desde el revoloteo del grano de polvo hasta el acto mejor meditado del hombre, todo está sujeto á ella con igual rigor.

Por consiguiente, desde que el mundo existe jamás

el átomo de polvo ha podido describir revoloteando otra curva que la que ha descrito, ni el hombre ha podido obrar de diferente modo que ha obrado. Si hay una verdad cierta es que todo cuanto sucede, grande ó pequeño, sucede necesariamente. Resulta que en cada momento, dado el estado general de las cosas, está estrictamente determinado por el estado inmediatamente anterior, y lo mismo sucede cuando remontamos el curso de los tiempos hasta lo infinito, ó descendemos en él hasta lo infinito. La marcha del mundo se asemeja, pues, á la de un reloj cuyas piezas han sido ajustadas concertadamente y que se encuentra con la cuerda dada y corriente. Desde este punto de vista, el mundo es una nueva máquina, cuyo objeto no podemos percibir. Si, contra toda razón y hasta en contra de todas las leyes del pensamiento, quisiéramos admitir un comienzo, no se habría alterado en lo esencial la cuestión, pues ese primer estado original de las cosas, admitido arbitrariamente, habría determinado y fijado irrevocablemente, así en el conjunto como en los más mínimos detalles, un segundo estado, éste habría hecho lo mismo con el siguiente, y así sucesivamente *per secula seculorum*, puesto que la cadena causal, con su rigor absoluto,—esa cadena de bronce de la necesidad y del destino—trae fatal é inmutablemente todos los fenómenos, tales como ellos se producen. La única diferencia que habría sería que en una de las hipótesis tendríamos un reloj con la cuerda dada en un determinado momento, y en el otro un *primum mobile*, pero en ambos casos la marcha sería igualmente fatal.

He probado en la Memoria citada que las acciones del hombre no representan una excepción de este principio, pues resultan cada vez que se producen, con

una rigurosa necesidad, de dos factores, á saber, del carácter individual y de los motivos actuales; aquél innato ó invariable, éstos fatalmente traídos por la marcha de las cosas, que determina rigurosamente la causalidad.

No podemos menos de considerar así las cosas, pues esta manera de verlas nos es impuesta de una manera absoluta por las leyes objetivas y ciertas *a priori* que rigen el mundo. Parece, por consiguiente, que el Universo, con todo cuanto encierra, es el juguete sin fin conocido, y por lo tanto, incomprensible, de una fatalidad eterna, de un insondable é implacable *Αναγκη*. Lo que hay de chocante y hasta de repulsivo en esta manera inevitable é irrefutable de considerar las cosas, no puede eliminarse más que por un solo medio; el de reconocer que si todo ser es por una parte fenómeno determinado con necesidad por las leyes fenomenales, por otra parte es en sí voluntad y voluntad absolutamente libre, pues la necesidad reside sólo en las formas, que pertenecen íntegramente al fenómeno y se desprende tan solo del principio de razón bajo sus diferentes figuras; mas entonces esta voluntad debe de estar dotada de *aseidad*, pues siendo libre como cosa en sí, no sujeta al principio de razón, no puede depender de ninguna otra cosa, ni en su existencia y esencia ni en sus procederes. Tal es el único medio de introducir en el sistema del mundo la suficiente libertad para contrabalancear la severa necesidad que le rige inevitablemente. Hay que elegir, pues, entre considerar al mundo como una mera máquina de relojería, cuya marcha es forzosa, ó bien reconocer que su ser en sí es una voluntad libre, cuya manifestación primera no es la actividad de las cosas, sino ante todo su existencia y su esencia. Esta libertad es,

por consiguiente, trascendental y coexiste con la fatalidad empírica, del mismo modo que la idealidad trascendental de los fenómenos coexiste con su realidad empírica. En mi Memoria sobre el libre albedrío he hecho notar que sólo con esta condición las acciones del hombre le pertenecen como cosa propia, á pesar de la necesidad con la cual se producen por virtud del carácter y de los motivos, y esto es precisamente lo que da *aseidad* á su ser. La misma condición se aplica á todo cuanto existe en el mundo.

La Filosofía debería poder sentar á la vez, de buena fe y con rigurosa lógica, la fatalidad más inflexible y junto á ella la libertad llevada hasta la omnipotencia; pero ésto sólo es realizable sin mengua de la verdad, cuando se atribuye toda la fatalidad al obrar (*operari*) y toda la libertad al ser y á la esencia (*esse*). He aquí resuelto ese enigma, tan viejo como el mundo, y que ha permanecido insoluble, porque, procediendo al revés, se buscaba la libertad en el *operari* y la necesidad en el *esse*. Yo establezco, por el contrario, que todo ser, sin excepción, obra fatalmente, pero existe y es lo que es en virtud de su libertad. No existe más ni menos libertad y necesidad en mi sistema que en cualquier otro, aunque parece haber un exceso ya de libertad, ya de necesidad, según que repugne el conceder, como yo lo hago, voluntad á los hechos de la naturaleza, explicados hasta ahora por la fatalidad sola, ó que no se quiera reconocer á la acción de los motivos una necesidad tan rigurosa como la de una causa mecánica. Sin embargo, no hay más que un cambio de lugares; la libertad está colocada en el *esse* y la fatalidad limitada al *operari*.

En suma, el determinismo es un principio sólidamente establecido; en vano desde hace quince siglos

se quiere quebrantarle á impulsos de ciertas quimeras que vale más no nombrar por su verdadero nombre; pero en virtud de este principio el mundo se trueca en un teatro de Marionetas movidas por alambres (los motivos) sin que se pueda comprender siquiera á quién está llamado á divertir este espectáculo; la pieza que se representa tiene un plan, es el *Fatum* quien la dirige; ¿no lo tiene? entonces es la ciega necesidad. Para escapar á esta absurda conclusión no hay más que un camino: admitir que la existencia y la esencia de toda cosa son manifestación de una voluntad verdaderamente libre, que no se reconoce á sí misma más que allí; cuanto á la actividad, no puede sustraerse á la necesidad. Para poner á la libertad al abrigo de los ataques del destino y del azar, hay que hacerla pasar de la acción á la existencia.

Así como la necesidad pertenece sólo al fenómeno y no á la cosa en sí, es decir, á la esencia del mundo, así también le pertenece á él sólo la pluralidad. Esto ha sido suficientemente explicado en el § 25 del primer volumen. Sólo añadiré aquí un corto número de consideraciones que confirman y dilucidan esta verdad.

Nadie conoce inmediatamente más que una sola cosa: su propia voluntad, en su conciencia íntima. Todo lo demás es conocido mediatamente y juzgado por analogía con aquéllo, analogía que cada cual lleva más ó menos lejos según el grado de su inteligencia. Esto depende, en último término, de que no hay, propiamente hablando, más que un solo ser; la ilusión de la pluralidad (la *Maya*), que se deriva de las formas de la comprensión objetiva, extensa, no ha podido penetrar en la conciencia simple interior, por eso ésta no conoce nunca más que un solo ser.

Si contemplamos esa perfección que jamás se admira bastante en las obras de la Naturaleza, que hasta en sus más menudos detalles orgánicos, tales como los órganos de la fecundación de las plantas ó la estructura interior de los insectos, están acabadas con un cuidado tan exquisito, con un trabajo tan infatigable como si cada ejemplar fuese su obra única, á la cual hubiese consagrado toda su atención y todo su poder; contemplando esto, veremos, sin embargo, reproducido ese modelo un número infinito de veces en los innumerables individuos de la especie, y siempre con el mismo cuidado y la misma perfección, hasta en aquellos que habitan los rincones más olvidados y más desiertos del mundo, donde nadie había podido contemplarlos hasta ahora.

Si escudriñamos todo lo profundamente que nos sea posible la composición de las partes de cada organismo, no llegaremos jamás á encontrar un último elemento enteramente simple, y todavía menos un elemento inorgánico. Si nos sumimos en especulaciones sobre la conveniencia con que todas estas partes concurren á la existencia del todo, conveniencia que hace del ser viviente una obra maestra acabada; si reflexionamos que cada una de estas obras maestras, hasta aquellas que sólo tienen breve duración, ha sido repetida y renovada un número incalculable de veces, y que, sin embargo, cada individuo de la especie, cada insecto, cada flor, cada hoja es tan perfecto como era el primer ejemplar, y que, por consiguiente, la Naturaleza no se fatiga nunca, ni echa á perder jamás uno de sus trabajos, sino que acaba el último de ellos con la misma mano de paciente artista con que ejecutó el primero, reconoceremos que la industria humana se diferencia de las creaciones de la Naturaleza, no sólo

en cuanto al grado, sino también en cuanto al método. Además nos convenceremos de que la primitiva fuerza creadora, la *natura naturans* está directamente presente, entera é indivisa en cada una de sus innumerables obras, así en la menor como en la mayor, en la última como en la primera, de donde se sigue que la Naturaleza creadora no conoce por sí misma ni el tiempo ni el espacio. Si prosiguiendo nuestras consideraciones nos damos cuenta de que la producción de esas obras maestras superlativas cuesta tan poco á la Naturaleza, que crea con prodigalidad incomprendible millones de organismos que no llegarán jamás á la madurez, y que sin cuidado alguno entrega cuanto tiene vida á mil azares diversos; que, por otra parte, cuando las circunstancias son favorables ó cuando la intención del hombre la dirige, produce millones de ejemplares de una misma especie allí donde hasta entonces no producía un solo individuo; que, por consiguiente, no le cuesta más esfuerzo producir un millón de seres que producir uno solo, todo ello nos hará comprender que la pluralidad de los objetos tiene también su origen en el modo de conocimiento del sujeto, y que es ajeno á la *cosa en sí*, es decir, á la fuerza primitiva, cuya manifestación es. Esto debe mostrarnos igualmente, que hasta esa inaudita perfección artística en la estructura, que une la Naturaleza con la prodigalidad más desenfrenada en la producción de las obras á que se aplica, se deriva también de la manera que tenemos de percibir las cosas, pues, en efecto, cuando la voluntad como *cosa en sí* con su tendencia simple, indivisible y primitiva se muestra como objeto en nuestro conocimiento cerebral, debe presentarse como un encadenamiento artificial entre partes separadas, efectuado con un arte

supremo á fin de hacerlas servir sucesivamente de medios y de fines.

La unidad ya mencionada de esta voluntad que sabemos es la esencia íntima del mundo fenomenal, se halla colocada más allá del fenómeno; es una unidad metafísica, y su conocimiento, por tanto, es trascendente, es decir, que no descansa sobre las funciones de nuestra inteligencia, ni puede ser realmente aprehendida por la inteligencia. Resulta de ahí que esa unidad descubre á los ojos del espíritu un abismo cuya profundidad no nos es dado medir claramente y en su totalidad, pues á lo sumo podemos echar aquí ó allá una ojeada que nos dé algún atisbo de esa unidad en tal ó cual condición de las cosas, ya subjetiva, ya objetiva, lo cual da origen á nuevos problemas, que en manera alguna me comprometo á resolver: me contento con la sentencia de Horacio, *est quadam prodire tenus*, cuidándome más de no enunciar nada falso ó inventado á capricho, que de querer explicarlo todo, aunque me arriesgue á no exponer aquí más que consideraciones fragmentarias.

Fijémonos en la profunda teoría de Kant y de Laplace sobre la formación del sistema planetario, teoría cuya exactitud apenas es posible comprobar, y meditémosla maduramente. Veremos á las fuerzas naturales más elementales y brutas y más rigurosamente reguladas, crear con su conflicto en el seno de una misma y única materia y con las consecuencias accidentales que de su choque resultan, el armazón del mundo, es decir, la futura morada de una infinidad de seres vivientes, y producir así una obra de orden y armonía que nos sorprende cada vez más á medida que aprendemos mejor á conocerla. Así, por ejemplo, se nos enseña que cada planeta, dada su velocidad actual, no puede me-